

JANUSZ KORCZAK, UN INESCUCHADO TESTIMONIO DE ESPERANZA *

BRUNO BELLERATE

Universidad de Roma

Henryk Goldszmit, éste era su verdadero nombre y apellido, había nacido en Varsovia el 22 de julio de 1878 ó 1879 (año incierto, debido al descuido en presentarlo en el Registro civil), de padre judío, abogado conocido y de madre católica. Gozó de una vida acomodada, sin descompensaciones ni preocupaciones, ni siquiera perturbada por interrogantes derivados de su educación religiosa, prácticamente hasta la muerte de su padre (1896) por locura. Este hecho lo trastornó profundamente y modificó su vida, no sólo desde el punto de vista económico. Entre mil dificultades logró doctorarse en medicina y especializarse después en Berlín con estancias en París y Londres.

Entretanto había ya iniciado su actividad literaria, a la que se sentía especialmente inclinado, generalmente ocultándose bajo el pseudónimo de Janusz Korczak. Sus primeras producciones fueron cuentos y novelas, pero pronto se les juntaron temas de carácter pedagógico. De hecho, joven médico pediatra como era, cautivado por los ideales socialistas, se había dedicado desde un principio, en el ejercicio de su profesión, a atender niños pobres de la periferia, a quienes acompañaba, asimismo, a las colonias de verano.

Todos sus escritos participan, más o menos, de algunos rasgos característicos de su personalidad. En primer lugar, de la *tristeza*, cuyo fundamento se asentaba en la maldad humana; de la soledad (que cantó) y del pensamiento de la muerte; de un, llamémosle, discontinuo *humor* que tal vez le permitió, gracias a la ironía, descabalgarse de la tristeza habitual; y de un indomado, más aún, insurgente *optimismo* que demuestra en él una arraigada esperanza y le consintió, no obstante todo, mirar al futuro con confianza.

* Traducción del italiano de Vicente Faubell.

Su interés y actividad se fueron desplazando cada vez más al terreno educativo, sobre todo desde cuando se le confió y pudo inaugurar un orfanato para niños judíos, al que se le añadió después otro para católicos, del que fue más tarde excluido. Estos internados estaban organizados democráticamente y parcialmente autogestionados por los niños que tenían en el «Tribunal» y en el correlativo código legal el instrumento principal para el control y la revisión de su vida social.

Su amor y consagración a los niños lo llevaron a compartir la muerte con ellos en las cámaras de gas de Treblinka, en los primeros días (quizás el día 5) de agosto de 1942.

* * *

En esta nueva tentativa de encuentro con Korczak y penetración en su espíritu y pensamiento, quisiera situarme en una perspectiva diversa a la de mis anteriores ensayos sobre él¹.

Ahora no se trata ciertamente de centrar la atención en la *esperanza*, virtud humana y teológica que ha ocupado a muy diversos pensadores, desde Bultmann a Bloch, Fromm y Kasper, por citar solamente algunos de los más conocidos; sino más bien de servir de estímulo a una reflexión crítica de una época de gran desviación consumística y de invasora curiosidad tecnológico-informática.

Por otra parte, la esperanza es una típica virtud *mesiánica*, especialmente familiar en la cultura judía. Ahora bien, Korczak era judío y, si bien no fue educado en esa dirección y mentalidad, llegó a familiarizarse también progresivamente con su identidad de origen, como testimonian, entre otras cosas, sus dos viajes a Palestina en 1934 y 1936.

Por último («last but not least»), parece que la *esperanza* no sólo fue adquiriendo corporeidad y consistencia en sus planteamientos y en su pensamiento sino que, de alguna manera, ha ido caracterizando, más allá de su misma existencia, toda su actividad educativa. Esta es también la opinión de, al menos, uno de sus exalumnos, que en un Con-

¹ B. BELLERATE: «Janusz Korczak († 1942), scrittore, medico, educatore polaco», en *Orientamenti pedagogici* 5 (1972) 1263-1291; «Janusz Korczak e il bambino 're'», en *Scuola viva* 12 (1979) 2-6; «Korczak e la sua 'storia'», en *Vita dell'infanzia* 9-10 (1980) 10-12; «Janusz Korczak e l'educazione. Dalla vita all'azione educativa» en CIRSE, *Atti del I Convegno nazionale*, Parma, 23-24.X.1981, Pisa, ETS, 1982, pp. 213-233; «Janusz Korczak e Jean Jacques Rousseau: punti di convergenza e motivi de un rifiuto», en *Annali del Dipartimento di Scienze dell'educazione*, 1983, pp. 259-271, en donde se retoma y publica completa la intervención tenida en Varsovia en oct. de 1978, con ocasión del Congreso internacional sobre el Autor, pero publicada sólo parcialmente en polaco en las Actas. Además, véanse los artículos en las enciclopedias histórico-pedagógicas italiana y española.

greso en Suiza afirmaba: «Tout à l'heure, M. Lewin parlait de nostalgie; je dirais que Korczak nous a enseigné surtout l'espoir»².

Pero la relación *Korczak-esperanza* tiene también otra raíz no menos significativa y fecunda que merece considerarse en primer lugar: su visión del niño, que fue expresándose y focalizándose cada vez mejor durante toda su vida, aunque no haya desembocado en una «síntesis» que incluso había presagiado. En cierto sentido, los niños son la encarnación misma de la esperanza; son la esperanza de la humanidad.

1. KORCZAK Y LOS NIÑOS

Este es uno de los temas más estudiados incluso en el ámbito de la reducida literatura italiana sobre el educador polaco y con recurso a escasas fuentes, generalmente poco atendibles³.

La idea korczakiana del niño, más allá de la exaltante impresión que se pueda obtener al primer impacto, ciertamente no sobrevuela libre, límpida y brillante en el oscuro cielo de una humanidad corrompida y corrompedora, como en su tiempo había proclamado J. J. Rousseau, a quien se le reprocha un optimismo incurable e idealístico. Henryk Goldszmit, no fácil presa de exaltantes sueños por su condición cultural, por las situaciones vividas desde niño y por su diligente y comprometida formación y acción como médico y, en particular como pediatra, había vivido en un clima de crudo *realismo*, aunque difuminado por sentimientos de tristeza compartida. Se pueden recordar, como ejemplos alusivos, las incomodidades derivadas de su condición de judío sufridas entre los católicos, generalmente intransigentes, no obstante sus reiteradas tentativas de una casi total integración cultural, iniciada por su abuelo paterno. Sin embargo, el hecho era frecuentemente interpretado, más que como empeño de asimilación, como una traición a su propia identidad, debido a una debilidad psíquica congénita, que hizo explosión, entre otras, a causa de la locura de su padre.

² «Korczak aujourd'hui. L'enfant différent, témoin de notre société», en *Actes du Colloque Korczak organisé les 6 et 7 mars 1985 à Neuchâtel*, Neuchâtel, Del Val, 1985, p. 85. El exalumno se llama Dodiuk.

³ Véase, por ejemplo, el ya cit. B. BELLERATE: «Janusz Korczak e il bambino 're'»; además, especialmente las intervenciones de L. Borghi y de C. Pontecorvo en el mismo número de *Vita dell'infanzia* y Lorenzo MACARIO: «Janusz Korczak, una vita al servizio del bambino», en PONTIFICAL UNIVERSITY - CATHOLIC UNIVERSITY OF LUBLIN: *The Common Christian Roots of the European Nations. An International Colloquium in the Vatican*, Firenze, Le Monnier, 1982, vol. II, pp. 523-537.

Fueron, consiguientemente, importantes las dificultades derivadas de la marginación a la que como judío le sometieron pequeños y grandes, quizás de inferior condición social que él, como atestiguan indirectamente algunos escritos menores y especialmente sus *Memorias*, varias veces programadas, pero sólo acabadas en los últimos meses de su vida. Es simbólico al respecto el conocido episodio del entierro de su amado canario, contado por él mismo en sus *Memorias*, cuando de repente, un amigo hace descubrir al pequeño Henryk, además de la muerte, su identidad hebrea y, encima, el infierno al que estaba destinado. Así que concluye el recuerdo constatando amargamente: «Muerte, judío, infierno. El negro paraíso judío. Suficiente para devanarse los sesos»⁴.

En segundo término, no deja lugar a dudas el que la profesión médica coloca al sujeto en contacto con males y fealdades que provocan y alimentan actitudes ásperamente realísticas. Sin embargo, Korczak explota al máximo su capacidad de observación e interpretación de la condición humana precisamente en relación con los niños. He aquí un único y famoso texto para confirmarlo:

«Sólo una ilimitada ignorancia y superficialidad de la mirada pueden negar la evidencia de que el lactante posee una individualidad muy precisa y determinada, en la que confluyen temperamento innato, energía, intelecto, sentido del bienestar y experiencias vitales.

Cien lactantes. Me inclino sobre cada una de sus camas. Hay algunos que tienen semanas o meses de vida, de peso diverso y con una 'curva' de evolución bastante diferenciada; los hay enfermos, convalecientes, sanos y otros que fatigosamente se mantienen en el umbral de la vida.

Encuentro varias miradas, desde las de los medio apagados, las de los alelados sin expresión, a las de los tercos y concentrados dolorosamente, a los vivaces, cordiales, agresivos. Su sonrisa de saludo es inmediata, amigable; o bien se inicia, después de un momento de atenta observación, como respuesta a mi sonrisa y a una palabra tierna de estímulo.

Lo que al principio me parecía casual, se repite en el transcurso de los días. Tomo notas, distingo los confiados de los desconfiados, los pacíficos de los lunáticos, los alegres de los taciturnos, los inseguros, los amedrentados, los hostiles»⁵.

⁴ J. KORCZAK: «Pamiętnik», en ID.: *Pisma Wybrane*, Varsovia, Nasza Księgarnia, vol. I., 1978, p. 303.

⁵ J. KORCZAK: *Come amare il bambino*, Milano, Emme Edizioni, 1979, pp. 31-32 (trad. esp.: *Cómo hay que amar a un niño*, Madrid, Atenas, 1976, pp. 332). Personalmente prefiero la traducción que suena *Cómo amar a un niño*, que utilizo en el texto. Alguna vez, además, me he permitido alguna variante de la trad. italiana, basándome en el original.

A la luz de su realismo y no sin un reflejo proveniente de su característica «tristeza», Korczak ve ya al niño como una realidad tendente a la muerte, como inevitable umbral que separa la vida cotidiana y terrena de una vida abierta al Infinito, de la cual ni sabe ni dice mucho, pero que siente estrechamente conectada con Dios que de diversas maneras le ha estado siempre presente. He ahí por qué, con escándalo de todas las madres en particular, había colocado en primer lugar, en la «Carta Magna» de los derechos del niño, precisamente el derecho a la propia muerte, que justifica así, contra toda forma de obligación y opresión derivada de la superprotección o de una proyección materna narcisística sobre el hijo:

«Un cálido, sabio, equilibrado amor de la madre por el propio hijo debe reconocer a éste el derecho a una muerte prematura, a acabar el decurso de la vida no después de sesenta revoluciones de la tierra alrededor del sol, sino después de una y aun de tres solas primaveras. Una terrible petición a quien no quiere soportar los dolores y los costes del parto más de una o dos veces.

‘Dios lo da, Dios lo quita’ —dice el pueblo en su sabiduría—, que sabe que no todo grano se transforma en espiga, no todo pollito nace con vida, no toda plantita se convertirá en árbol»⁶.

Tal emparejamiento del pensamiento de la muerte con la infancia le fue familiar, como afirma A. Lewin, desde su primer encuentro con los niños, y quien, por otra parte, aclara poco después:

«La angustia por la suerte de los niños era el resultado no sólo de la gran sensibilidad de Korczak y de su humanismo, sino también y quizás ante todo, de su trágica visión del mundo»⁷.

Eso nada empaña la admiración y estima que Korczak demuestra por los niños, vistos en su juventud como «un proletariado de pies pequeños, empeñado en el fatigoso trabajo de crecer». Cree, por el contrario, que «no es lícito hacer una revolución sin tener en cuenta al niño», precisamente porque el niño «era para él la esperanza del universo humano», como afirma también A. Lewin⁸. Sin embargo, su mismo conocimiento de los niños que, en su origen, era fruto de la intuición y de una profunda sintonía en lo que se refiere a la psique, cuando ya era

⁶ Id. id., p. 37-38.

⁷ Aleksander LEWIN: «L'homme et son oeuvre», en *Korczak aujourd'hui...*, p. 77.

⁸ Citas de: Hans ROOS: *Einführung a: Eine Schule für das Leben*, en J. KORCZAK: *Begegnungen und Erfahrungen. Kleine Essays*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 3.ª ed., 1982, p. 23 y 22; A. LEWIN: «L'homme et son oeuvre», en o.c., p. 78.

autoridad competente en el desarrollo y las dificultades del soma, fue gradualmente modificándose y concentrándose en los aspectos más importantes, sobre todo en el perfil de las relaciones humanas. De aquí nació su reivindicación de los derechos del niño y desde aquí se fue articulando su tesis sobre la importancia del ambiente e incluso de la historia existencialmente entendida, no como capitalización acontecida en el decurso de los tiempos.

En efecto, a pesar de la importancia que, como médico de su época, era inducido a atribuir a la herencia, había llegado a afirmar: «El hombre es un producto del momento de un período histórico. Se puede olvidar la historia e incluso ignorarla, pero sus leyes permanecen para siempre». Y refiriéndose específicamente a los judíos, tiende a disminuir las diferencias, obviamente sin negarlas, hasta escribir (teniendo en cuenta las elecciones preferenciales por el comercio entre los israelitas y por los trabajos manuales entre los cristianos):

«Yo lo entiendo bien ahora: aquí el trabajador, allí el comerciante. Esta es la tradición.

Basta, sin embargo que un hombre avive en el curso de un año escolar, el interés por el trabajo manual y la tradición construida a lo largo de los siglos se derrumba —y ciertamente acalla la voz de la sangre»⁹.

No obstante esto, su posición sobre el peso de la herencia y sobre los espacios reconocidos a la corregibilidad no siempre la expresó unívocamente y merecería una consideración aparte.

a) *Relación adulto-niño*

Por desgracia, resalta agudamente Korczak:

«Desde niños nos han transmitido la sensación de que lo que es más grande es más importante que lo que es más pequeño. 'Soy mayor' —se alegra el niño apoyado sobre la mesa—. 'Soy más alto que tú' —constata con orgullo, midiéndose con un coetáneo—.

Es desagradable ponerse de puntillas y no llegar, es duro seguir a los adultos a pasitos... Incómodo, desagradable ser pequeño.

Suscita respeto y admiración lo que es grande y ocupa más espacio. Pequeño-común, no es interesante. Pequeños hombres, pequeñas necesidades, alegrías, tristezas.

⁹ J. KORCZAK: *Von Kindern und anderen Vorbildern*, Guetersloh, G. Mohn, 1979, respectivamente, p. 40 y 46.

Se imponen la ciudad grande, las altas montañas, un árbol enorme. Decimos: 'Gran acción, gran hombre'.

El niño es pequeño, ligero, es poca cosa. Debemos inclinarnos, rebajarnos hasta él.

Peor si el niño es débil.

Podemos levantarlo, tirarlo al aire, hacerlo sentar contra su voluntad, podemos pararlo mientras corre, impedirle un esfuerzo. Tal vez no obedezca, pero yo puedo recurrir a la fuerza...»¹⁰.

Los pasos que recogen este discurrir de los abusos y violencias ejercitados por los adultos sobre los niños son muy frecuentes y se diría redundantes, ya que de hecho, como repite Korczak «los adultos y los niños se atropellan los unos a los otros»¹¹, no se comprenden, son dos mundos incomunicados entre ellos y, tal vez incompatibles, entre los que rige en realidad el derecho del más fuerte.

De aquí las dos exigencias fundamentales y reguladoras de esas relaciones, según el educador polaco: el *conocimiento* y el *respeto*. En cuanto al primero, una neta afirmación de Korczak se hace eco con mayor fuerza y resonancia de la llamada de J. J. Rousseau que no encontró quien le escuchase si no fue a fines del siglo pasado:

«No conocemos al niño, peor, lo conocemos según nuestros prejuicios. Es vergonzoso que todos aludan hasta la náusea a las solas dos o tres obras escritas realmente con el apoyo de la observación directa»¹².

Y páginas antes, en el mismo libro (*Cómo amar a un niño*) ya había sabiamente advertido:

«Un niño es un pergamino apretadamente cubierto de diminutos jeroglíficos de los que llegarás a descifrar sólo una parte y te ocurrirá que algunos los borrarás del todo, otros los obscurecerás un poco y los rellenarás con tus propios contenidos».

Precisamente esta dificultad de interpretación de lo individual conduce a la generalización y al achatamiento estandarizado en los comportamientos por falta de una observación adecuada. En efecto:

«Bajo uniformes iguales laten cien corazones diversos y cada uno representa una dificultad diferente, un trabajo diferente y preocupaciones y temores diferentes.

¹⁰ J. KORCZAK: «Il diritto del bambino al rispetto», en ID.: *Come amare...* p. 199-200.

¹¹ J. KORCZAK: *Kiedy znów będę mały* (Cuándo volveré a ser pequeño), en ID.: *Pisma Wybrane*, vol. III, p. 297 y v. también pp. 362-363.

¹² J. KORCZAK: *Come amare...*, p. 122.

Cien niños, cien individuos son hombres ahora... en este momento, no mañana ni dentro de algún tiempo. Nada de un pequeño mundo en miniatura sino un verdadero mundo, valores, virtud, aspiraciones, deseos y no pequeños sino importantes, no inocentes sino humanos».

Por el contrario:

«Los estudiosos han sentenciado que el hombre adulto se comporta de acuerdo con el pensamiento causal, el niño de acuerdo con los impulsos; que el adulto es lógico y el niño impulsivo en su falaz imaginación; que el adulto tiene carácter, una fisonomía moral definida y el niño se pierde en el caos de los instintos y de los deseos. Estudian al niño, no como un organismo psíquico diferente sino como inferior, más débil, más pobre. Como si dijeran: Todos los adultos = Doctos profesores»¹³.

No es difícil recabar en estas expresiones una sutil ironía contra cierta presunción de la ciencia, en la que también creía si se atenía a los propios cánones. Por su parte Korczak clarifica:

«El niño piensa no menos, pero de manera más pobre, no peor que los adultos; piensa de manera diversa. En nuestro pensamiento las imágenes están empañadas y quebradas; los sentimientos, opacos y apagados. El niño piensa con el sentimiento, no con el intelecto. Por eso es tan difícil comunicarse con los niños».

Además, prestando su voz a la experiencia común, pone en boca de los niños una severa requisitoria contra los adultos:

«Los adultos no son cuerdos: no saben sacarle todo el jugo a la libertad de que gozan. Estos benditos pueden comprarse todo lo que quieran; todo les está permitido, pero siempre están montados en cólera; por cualquier bagatela se inflaman. Los adultos no lo saben todo: muchas veces responden para desembarazarse de alguno o responden con una broma u otra manera incomprensible; uno dice una cosa, otro otra y no se sabe quién dice la verdad... Los adultos no son buenos. Los padres dan de comer a los niños, pero porque es su obligación, de lo contrario, nosotros moriríamos. No permiten nada a los niños; ríen sólo como si con eso quisieran decir algo, en lugar de explicarlo claramente; se burlan, toman el pelo. Son injustos y si alguien los enreda le creen. Les gusta ser adulados. Si están de buen humor, todo está permitido; si están enfadados, todo les molesta.

¹³ Id. id., p. 31 y 81; además, *Il diritto del bambino...*, en Id. id., p. 225.

Los adultos mienten. No es cierto que los caramelos produzcan gusanos, que si no comes vendrá el Coco, que si das vueltas a la silla sobre una de sus patas entrará el demonio en casa, que te harás pipí en la cama si juegas con el fuego.

Y no mantienen la palabra: prometen, pero después se olvidan o procuran salir bien librados con palabras, o bien prohíben como castigo, cuando de ninguna manera habrían autorizado una cosa.

Predican continuamente que se diga la verdad, pero si se la dices a ellos, se ofenden. Son falsos: a la cara dicen una cosa y a la espalda otra. Si alguien no les agrada lo disimulan»¹⁴.

Todo eso acaece porque ha venido a menos una actitud fundamental que regula las relaciones humanas que quieren mantenerse en los límites de la corrección: el *respeto* del otro. Por ello reivindica Korczak, en primer lugar, el respeto por los niños que, de ordinario, son considerados privados de los propios derechos y, a lo más, objeto de benévolas concesiones por parte de los adultos. Del *Derecho al respeto*, título de un opúsculo al propósito, derivan todos los demás derechos específicos, como el derecho a la muerte, del que se ha hablado ya, y los derechos «a ser aquéllo que se es» y «a la vida presente», que constituyen precisamente la *Magna Charta Libertatis* de los niños.

Los contenidos del opúsculo citado, como de otros escritos korczakianos, son extremadamente realistas y tal vez punzantes para el adulto; pero reflejan los sentimientos y las reacciones del niño frente a la incompreensión de la que es víctima por causa de los prejuicios y de la falta de conocimiento objetivo por parte de los mayores. En tal perspectiva el niño llega a ser defendido de los adultos, como de cualquier otro peligro desconocido para él; y, al contrario, llega a ayudársele a ser él mismo, ya que «es obligación del educador dejar vivir al niño y ayudarlo en su derecho a ser niño»¹⁵. Más aún, según Korczak, el educando debe también valorizarse por la contribución que puede aportar a la mejora del educador mismo, lo que constituye, a su parecer, una condición fundamental para el buen resultado de la relación educativa:

«Durante el trabajo para entender al hombre-niño y a la sociedad-grupo-de-niños, el educador madura la capacidad de adquirir conocimientos importantes y preciosos, pero se trata a la ligera la vigilancia y el trabajo para mejorarse a sí mismo, se derrumba ruinosamente. Es el niño quien me da la experiencia, quien influencia mis opiniones, el mundo de mis afectos; recibo del niño los impulsos para imponerme ciertas cosas; a través del niño me interpelo a mí mismo, me acu-

¹⁴ Id. id., p. 48-49 y la cita anterior: Id. id., p. 171.

¹⁵ J. KORCZAK: *Il diritto del bambino*, en Id. id., p. 225.

so, soy indulgente conmigo mismo o me absuelvo. El niño instruye y educa. El niño es para el educador el libro de la naturaleza, leyéndolo le madura. No se puede despreciar al niño. El sabe más de sí mismo que sé yo de él. El está en compañía de sí mismo todas las horas que permanece despierto. Yo «adivino» sólo. Por tanto, me equivoco si taso su valor de mercado o sus faltas. Holgazán, indisciplinado, caprichoso, miente, roba, quieren decir bien poca cosa»¹⁶.

Sobre esta base se imponen entonces las sucesivas exigencias de Korczak en relación con los niños.

En primer lugar, ciertamente, el amor, pero un amor que, según su parecer, no se expresa con pasajeras ternuras y con cautivadoras palabras:

«Por esto exijo que cese finalmente la falsa apariencia de nuestra empalagosa, alocada y consiguientemente permisiva relación con el niño; en su lugar se nos deberían pedir los derechos que le competen. El calor del corazón materno hoy es ya sólo un dicho».

Según Korczak, el amor se debe traducir ante todo en *capacidad de perdón*, naturalmente tratándose de hechos, y ésta constituye una actitud de reducido radio de acción en la cultura judía y probablemente, por tanto, tomada de la circundante cultura cristiana. En el perdón se encuentra, de hecho, la máxima expresión de la comprensión:

«Qué declara: cuál es la primera etapa del trabajo educativo. Creo que lo que es más importante, considerando los hechos sin hacerse ilusiones, es que el educador debería ser capaz de perdonar sin reservas a cualquiera en toda circunstancia. Entenderlo todo quiere decir perdonarlo todo».

Por otra parte, no se puede olvidar que

«Los niños quieren reír, correr, retozar. Educador, si para tí la vida es un cementerio, permíteles a ellos verla como una pradera. Si tú te ciñes el cilicio, si eres un fracasado en felicidad temporal o un penitente pronto al sacrificio, ten una sonrisa comprensiva de indulgencia»¹⁷.

Es por tanto indispensable cuanto Korczak le pide de rebote:

¹⁶ Id. id., p. 69-70.

¹⁷ El primer texto, tomado de J. KORCZAK: *L'educazione dell'educatore*, en Id. id., p. 229; los otros dos de ID.: *Come amare...*, p. 124 y 111.

«Sé tú mismo -busca tu propio camino. Intenta conocerte a ti mismo antes de conocer a los niños. Pídete cuentas de qué eres capaz antes de delimitar la esfera de los derechos y deberes del niño. Entre todos los niños, tú mismo eres un niño que debes conocer, criar y educar».

De donde deriva un profundo sentido de radical igualdad, como el que Korczak había descubierto y adquirido:

«Al día siguiente, durante un paseo por el bosque, hablé por primera vez no a los niños sino con ellos y no me entretuve sobre cómo habrían debido ser según mi deseo, sino sobre cómo ellos mismos querían y podían ser. Quizás me convencí entonces por primera vez que se puede aprender mucho de los niños...»¹⁸.

El razonamiento sobre las relaciones entre educador y educando podría continuar aún largamente, incluso porque Korczak lo articula con referencias específicas a los padres y a los demás, aunque los puntos fundamentales mencionados arriba son inderogables para todos. Al educador de profesión, sin embargo, le pediría en particular un espíritu de búsqueda, mediante la observación y la anotación, como el que caracterizó la actividad entomológica de J. H. Fabre.

b) *Los niños y el futuro*

El respeto y el amor que Korczak profesa a los pequeños no debe, sin embargo, inducir a engaño. No se trata ni de un sentimiento romántico (baste pensar cómo estudiaba y controlaba a sus huérfanos) ni de una ciega ideología. Conocía también los defectos y picardías de los niños, desde el momento en que entre ellos «hay tantos hombres malos cuantos entre los adultos»; así que, páginas después, hablando del «Tribunal», afirmará:

«Hay demasiada maldad en la comunidad de los niños y consiguientemente, el tribunal se convirtió en un instrumento de venganza»¹⁹.

Sin embargo, esto no le impide mirar adelante y mirar a los niños como protagonistas de una sociedad futura más justa, más honesta, en

¹⁸ Id., id., p. 76; la segunda cita falta en la trad. ital. a pesar de pertenecer a la misma obra. Se la puede ver al final del n. 15 del cap. sobre «Colonias de verano» (v. la obra original: «Jak kochać dziecko», en J. KORCZAK: *Pisma Wybrane*, vol. I, p. 267).

¹⁹ Id., id., p. 115 y la otra en el original, J. KORCZAK: *Pisma Wybrane*, vol. I, p. 330.

una palabra, más humana. Su radical y bien arraigada esperanza está en grado de derrotar todo posible desvío y de suscitar siempre nuevas energías al servicio de los niños y en favor de un cumplimiento fiel y escrupuloso de su deber. Y éste es el mensaje que pretende transmitir a todo educador:

«Un educador que no aplasta sino libera, no arrastra sino levanta, no oprime sino forma, no impone sino enseña, no exige sino pide, tal educador vivirá junto al niño muchos momentos inspirados, más de una vez con las lágrimas en los ojos seguirá la lucha del ángel con satanás hasta cuando el ángel luminoso se haga con la victoria».

Y, también, sin ilusiones:

«Crece una nueva generación, avanza una nueva hola. Tienen defectos y virtudes, creadles las condiciones para que crezcan mejores. No venceremos la causa del luto producido por la herencia patológica, no diremos a la flor de lis que se convierta en trigo. No somos taumaturgos, no queremos ser charlatanes. Renunciamos al deseo hipócrita de tener niños perfectos».

Pero esto no reduce ni el empeño ni la esperanza de poder cambiar el mundo, la sociedad, desde el momento en que «no es lícito dejar el mundo tal cual es», escribía al amigo Arnon y, por otra parte, continuaba: «Reformar el mundo es reformar la educación»²⁰.

No obstante esto, no se tienen garantías en lo que atañe al éxito de tales reformas, desde ningún punto de vista. No las puede dar la ciencia y no las puede dar tampoco una atenta búsqueda personal del estilo de la korczakiana. El mismo ha debido confesar:

«He leído libros interesantes. Ahora leo los niños. No digo nunca ya lo sé. Yo leo una vez y después una segunda, una tercera y una décima vez el mismo niño y no sé todavía mucho ya que el niño es un mundo, un mundo inmenso que existe desde hace mucho tiempo y que continuará existiendo. Yo sé un poco de lo que fue y de lo que es. Pero ¿cuál será el porvenir?»²¹.

Frente a los niños se deberá, pues, tener una actitud ante todo de espera y por eso de esperanza, que no exonera de las responsabilidades, especialmente la de evitar errores:

²⁰ J. KORCZAK: *Come amare...*, p. 51 y como texto paralelo, *Il diritto del bambino...*, en Id. id., p. 226. Las dos últimas citas están tomadas de A. LEWIN, art. cit., p. 78.

²¹ J. KORCZAK: «Aphorismes», en *Korczak aujourd'hui...*, p. 108-109.

«Los buenos educadores se distinguen de los malos por la cantidad de errores cometidos, de los daños hechos. Hay errores que un buen educador comete una sola vez y, valorándolos críticamente, no los vuelve a repetir... Un mal educador atribuye a los niños la culpa de las propias equivocaciones».

Pero tampoco debe exagerarse la responsabilidad del educador, proyectándola a un futuro sin límites. El futuro es substancialmente obra del mismo sujeto, esto es, del niño, así como el educador es y debe ser responsable de lo que hace en el momento dado:

«El educador no está obligado a asumir la responsabilidad de un futuro lejano, pero es plenamente responsable del hoy. Sé que esta frase puede producir un malentendido. Piensan justamente lo contrario, según mi parecer erróneamente, si son sinceros. ¿Pero son realmente sinceros? ¿o falsos? Es más cómodo diferir la responsabilidad, aplazarla a un vago futuro, que rendir cuentas ya hoy de cada una de las horas. El educador responde indirectamente frente a la sociedad también del futuro, pero directamente y en primera línea responde del presente frente a quien está educando»²².

Korczak, como Rousseau, tuvo una gran confianza en la educación; sin embargo, no se trata de una actitud visceral, que no tome en consideración los datos:

«La fe en el poder de la educación no es ciertamente la ilusión de un soñador sino el resultado de muchos estudios e investigaciones centenarias. La teoría de la herencia no ha sofocado tal fe ni siquiera por un instante. Hoy se sabe que el carácter del hombre resulta de dos elementos: el hereditario y el adquirido. Pero las tendencias innatas no son unitarias: el hombre no nace ni malhechor ni ángel; la educación hace de él o un ser indigno o un ser espléndido».

Y, más explícitamente, en cuanto a los límites de la educación:

«Puedo echar las bases de una tradición de verdad, de buen orden, de laboriosidad, de sinceridad, pero no transformaré a ningún niño en algo diverso de lo que es. Un abedul permanecerá abedul, la encina encina, el lampazo lampazo. Puedo despertar lo que está adormecido en el ánimo, pero no puedo crear nada. Sería ridículo si quisiera reprocharme a mí o reprochar a un niño por esto»²³.

²² J. KORCZAK: *Come amare...*, p. 92 y «L'educazione dell'educatore», en Id., id., p. 231.

²³ Las dos citas están tomadas de J. KORCZAK: *Pisma Wybrane*, vol. II, p. 11 e ID.: *Come amare...*, p. 115.

Por otra parte, sin embargo, sintonizando igualmente con Rousseau, reclama con firmeza:

«No se permite a nuestros niños vivir según su gusto y entendederas. Los preparamos continuamente para la vida del futuro, para cuando sean adultos, entre tanto reducimos sus derechos y los limitamos. Se obra siempre en nombre de su educación y de su protección, pero de hecho, se hace por el propio interés y por comodidad»²⁴.

Con todo, más que en cada una de las afirmaciones de Korczak, su esperanza en los niños y en el futuro acariciado de ellos son identificables en numerosos cuentos, en los que describe y proyecta el protagonismo, por otra parte, nunca exento de criticables y aun comprensibles errores, como atestiguan una de sus obras más famosas, el *Rey Matteuccio I* y su continuación, *Matteuccio en la isla desierta*, así como el mismo *Kajtuś el mago*, por no citar sino en general. No duda nunca de la rectitud de las intenciones de los niños, ni siquiera lejanamente, si bien su inexperiencia y debilidad le puedan conducir después a salidas inaceptables, de las que ellos mismos generalmente se dan cuenta.

De cualquier modo, es particularmente significativa, ya en relación con el futuro de los niños ya en relación con los objetivos de los educadores respecto de ellos, la despedida que Korczak escribió en 1919 dirigida a los que dejaban el orfanato. Estas palabras expresan el programa desarrollado y el que, en el futuro, desarrollarán los educadores:

«Nos despedimos de vosotros a causa de un duradero y largo viaje. Este viaje tiene un nombre: la vida. Muchas veces hemos reflexionado sobre cómo debíamos despedirnos de vosotros, sobre qué consejos daros. Por desgracia, las palabras son pobres y débiles. Nada os damos. No os damos ningún Dios, porque debéis buscarlo en vuestra alma, en una lucha solitaria.

No os damos patria alguna, ya que debéis encontrarla a través de un esfuerzo personal de vuestro corazón y mediante la reflexión.

No os damos amor alguno por los hombres, ya que no existe amor sin perdón y perdonar es pesado, es trabajo excesivo que cada cual debe asumir.

Os damos una sola cosa: el anhelo por una vida mejor, que no tenemos aún, pero que existirá, una vida de verdad y de justicia. Quizás este anhelo os llevará a Dios, a la patria y al amor. Vivid felices, no lo olvidéis»²⁵.

²⁴ J. KORCZAK: *Von Kindern...*, p. 41.

²⁵ J. KORCZAK: *Pisma Wybrane*, vol. II, p. 61-62.

Es una despedida que, en el contexto aludido, se comenta por sí sola y estimula a la reflexión a cualquiera que se ocupe de la educación.

2. J. KORCZAK, HOMBRE DE ESPERANZA

Hasta aquí se ha expuesto preferentemente su pensamiento y su posición según sus escritos; ahora nos detendremos un momento sobre su ejemplo.

Aunque en él no se pueda admitir, propiamente hablando, una contraposición entre teoría y praxis, él mismo delinea realísticamente tal distinción, aunque de modo aún abstracto e impersonal más que autobiográfico:

«Por medio de la teoría sé, a través de la práctica siento. La teoría enriquece el entendimiento, la práctica colorea el sentimiento, alienta la voluntad. Sé, no significa que obro según lo que sé. El parecer de los otros debe estrellarse contra mis convicciones más profundas. Extraigo conclusiones de tesis teóricas, no renunciando por ello a escoger. La práctica es mi pasado, mi vida, la suma de las vicisitudes sugerentes, el recuerdo de los fracasos comprobados, de las desilusiones, de las derrotas, de las victorias y de los triunfos, de las sensaciones positivas y negativas. La práctica controla con desconfianza, censura, intenta sorprender a la teoría en la mentira, en el error. Puede ser que otros, puede ser que en otro lugar, puede ser que en otras condiciones de trabajo, porque yo en mi trabajo, en mi despacho... Existe siempre una desviación».

Y poco después describe mejor lo que corresponde también a su comportamiento y actitudes:

«Comienzo por lo que otros saben, construyo como soy capaz de hacerlo por mí mismo. Deseo trabajar con precisión, a fondo, no guiado por un orden preestablecido proveniente de la eternidad, bajo el severo control de otro, sino según mi propia y espontánea buena voluntad, bajo la vigilante mirada de la conciencia. Ya desconfié del parecer ajeno, ya de mi propio parecer. No sé, estoy buscando, pregunto. Con el cansancio me habitué a los esfuerzos y maduro. El trabajo constituye la parte más preciosa de mi vida privada. Escojo, no lo que es fácil sino lo que se demuestra eficaz desde más puntos de vista. Profundizando las cosas las complico. Comprendo que adquirir experiencia significa sufrir... Creo que lo que es más importante, considerando los hechos sin hacerse ilusiones, es que el educador debería

ser capaz de perdonar a cualquiera sin reservas, siempre. Entenderlo todo quiere decir perdonarlo todo»²⁶.

Junto a estas orientaciones de fondo, por las que se ha dejado conducir a través de toda su vida, se evidencia otro profundo convencimiento suyo que le ha permitido conseguir y mantener la flexibilidad y la capacidad de respuesta a cada una de las situaciones y que ha caracterizado su actividad: la *consciencia de la relatividad* de sus conocimientos, más aún, del mismo conocimiento humano de la verdad. Es un principio que se trasluce ya de los textos acabados de transcribir, vuelve frecuentemente a él, es constantemente remachado y llega a ser parámetro de su intervención educativa. Dos confirmaciones entre muchas, al respecto. Refiriéndose al educador, recomienda:

«Pero que sea siempre consciente de que puede equivocarse. Ninguna opinión debe convertirse en convicción absoluta ni una convicción en eterna. Que la jornada de hoy sea siempre y solamente un paso de la suma de experiencias de hoy a la ciertamente mayor de mañana».

Y dirigiéndose directamente a los niños en un ensayo tardío y no acabado, escribe:

«¿Quisieras realmente una respuesta fácil y rápida o una respuesta poderosa y duradera, vieja y nueva, que tú mismo podrías encontrar?... Yo sé por qué leo la Biblia. Yo sé más porque la he reflexionado, yo me he preguntado y he contestado. Yo contaré y tú, a tu vez, busca, busca por ti mismo... Yo narraré la historia de Moisés y cuando diga 'no lo sé', entonces créeme. Y cuando diga 'yo sé que ha sido así', entonces pregunta. Ya que cuando nadie ha visto y nadie ha oído y nadie lo ha escrito en su libro de memorias ¿cómo se lo puede saber? Por eso te digo: 'piensa que así ha sucedido, pero piensa también cómo lo sé yo. Cómo yo lo sé de mí mismo y cómo tú lo sabes de ti mismo, porque así sabrás y recordarás lo que ha sucedido'»²⁷.

Pocos días antes de su deportación y muerte, Korczak escribía en sus *Memorias*, recorriendo rápidamente las etapas de su propia vida:

²⁶ J. KORCZAK: «L'educazione dell'educatore», en *Come amare...*, p. 227-228 y 228-229.

²⁷ J. KORCZAK: *Come amare...*, p. 124 e ID.: *Die Kinder der Bibel*, Guetersloh, G. Mohn, 1982, p. 12-13, pero véase todo el cap. de introducción. En cuanto a sus cambios de opinión, véanse las anotaciones a la segunda ed. de *Come amare un bambino*.

«Yo he hablado mucho con los hombres: con coetáneos y mucho más ancianos, adultos... Yo he sido 'admirado': un filósofo. Pero sólo me manifiesto conmigo mismo... Hace un cuarto de hora he concluido mi monólogo... y probablemente me he dicho por primera vez en mi vida con absoluta seguridad: 'Yo tengo un espíritu de búsqueda, no de descubrimiento'.

¿Investigar para saber? No. ¿Investigar para encontrar, para penetrar hasta el fondo? También no.

Por tanto, buscar para interrogarme continuamente, sin fin»²⁸.

Consiguientemente, camino abierto el que Korczak se encuentra delante, indefinido, camino que invita y, por ello, de esperanza. Pero tal apertura no es fruto del escepticismo, de «epoché», de relativismo con exclusión de la posibilidad de alcanzar a toda costa la verdad, sino que es consecuencia de la convicción de que la verdad es inagotable, es infinita, es Dios mismo «única y sucinta Verdad», «única respuesta a todo», como se suele decir, si bien no se alcanza nunca la certeza de haberla atrapado²⁹. Puede ser que de ahí le provenga ese sentido de tristeza que transparentan sus escritos y que ha caracterizado su existencia. Un exalumno suyo, L. Harari, confiesa: «En nuestros recuerdos lo volvemos a ver como un hombre serio y triste. Todavía hoy, cuando pienso en él, veo delante solamente su rostro serio». Sin embargo, la raíz más profunda de tal tristeza se encuentra quizás en su soledad, a la que concede frecuentemente cabida, hasta celebrarla en el niño, en el joven y en el anciano y personalmente hasta sentirse y reconocerse, con el viejo tilo, «aislado y totalmente solo con Dios»³⁰.

Sobre la presencia de Dios en la vida y en el pensamiento de Korczak y sobre su relación con El, se ha dicho y se ha escrito ya mucho y no quedan dudas importantes: todos concuerdan, entre otras cosas, en la existencia de una evolución en él, en el sentido de un crecimiento de esa relación. Su religiosidad interior fue, al principio, extraña a toda religión positiva (que siguió, en sus últimos años, con mayor simpatía) hasta llegar a afirmar:

«Desde el momento que rehusó las ceremonias, se me compara a un no creyente. Pero la fe en Dios y la oración permanecen en mí. A esto me adhiero con firmeza, de hecho, sin fe no se puede vivir. El hombre no puede ser fruto de una mera casualidad».

²⁸ J. KORCZAK: *Pamiętnik*, p. 362-363.

²⁹ J. KORCZAK: *Die Kinder der...*, p. 12.

³⁰ Werner LICHARZ (Ed.): *Janusz Korczak in seiner und in unserer Zeit*, Frankfurt a. M., Haag + Herchen Verlag, 1981, p. 96; y J. KORCZAK: *Begegnungen un Erfahrungen*, p. 20.

Coherentemente, por tanto, con la liquidación de su existencia, debió reconocer que

«mi vida fue dura, pero interesante. En mi juventud rogué a Dios una vida de ese tipo: 'Dame, Señor, una vida dura, pero hermosa, rica y respetable'»³¹.

Aunque así sea, su escrito *De tú a tú con Dios. Plegarias de quien no reza* (1922), constituye un ulterior e indudable testimonio de lo expuesto arriba y manifiesta los sentimientos más íntimos, los contenidos de fe y las más recónditas esperanzas de J. Korczak. Sólo aduzco algún pasaje de la *Plegaria de la reconciliación*:

«Yo te he encontrado, Dios mío, y me alegro como un niño perdido cuando desde lejos ve a una persona conocida... Yo te he encontrado, Dios mío, como un niño que, confiado a la tutela de un extraño y malvado, ha escapado y tras varias aventuras finalmente se apretuja sobre un pecho querido, escuchando atentamente el canto del corazón...

¿De quién es la culpa si yo, atrapado por un juego agradable, me he alejado de ti, Dios mío?...

Una única pausa, porque me siento abandonado y enseguida nos encontramos juntos. Tú estás a mi lado...

Y esto es lo peor: que tu luminosa figura, oh Dios, me ha sido falsamente presentada por tus mentirosos intérpretes...

Vengo a ti a través de las tentaciones de la vida, a través de las falaces nubes y tormentas de mis sentidos, en medio de falsos profetas. Y me alegro como un niño y te invoco, no como un mayor ni como un justo ni como un bueno; yo te digo: 'Dios mío'. Yo te digo 'Mío' y tengo confianza»³².

Esta fe constituye también la justificación última de la confianza en los niños y se halla, fundamentalmente, a la raíz de su misma esperanza. De hecho su capacidad y agudeza de observación le habían llevado a denunciar la «bancarrota» de casi todas las instituciones humanas, comprendida la familia, pero en particular de la escuela. Y si en su incipiente madurez, cuando vivía aún deslumbrado por los ideales socia-

³¹ J. KORCZAK: *Pamiętnik*, p. 359. Por otra parte él mismo habla de su maduración religiosa a los 14 años (Id. id., p. 344). Véanse varias intervenciones al propósito de E. Dauzenroth y, en particular la tesis doctoral, publicada ahora, de Bernard IGNERA: *Der religiöse Humanismus Janusz Korczak*, Giessen, 1980, de donde está tomada la penúltima cita: Id. id., p. 130.

³² J. KORCZAK: *A tu per tu con Dio. Preghiere di chi non prega*, Torino-Leumann, LDC, 1982, p. 35-37.

listas y revolucionarios, reacciona ante tal situación con la fuerza de una esperanza puramente humana, delineando, frente a una «escuela de la muerte» su *Escuela para la vida*, más tarde se irá apagando cada vez más su confianza en la humanidad y en lo social, con el empeoramiento más que con la mejora de las dificultades y a su natural tristeza, su «única joya», irá penetrándole un sentido de tragedia en expansión progresiva.

La más extraordinaria manifestación de este sentimiento se encuentra quizás en su obra de teatro *El senado de los locos*, rica en monólogos, como corresponde a una detenida reflexión. En ella, compuesta en 1931, pinta al mundo y a los hombres en toda su fealdad moral, mientras se asoma frecuentemente a la llamada de Dios y se salva la inocencia y la generosidad del único niño, Janek.

No fue extraña a este proceso la explosión del primer conflicto mundial y, con toda probabilidad, aún menos la muerte de su madre (1920) a la que permaneció particularmente vinculado. Desilusionado por los egoísmos humanos y por la ineficacia de la política contemporánea, Korczak retira su confianza a los adultos, pero todavía no encuentra razones para negársela a los niños, a los que se sentía ya unido por un profundo e irrenunciable vínculo de amor. Los niños podían indudablemente ser ayudados por los adultos; de éstos recibían con el bagaje hereditario predisposiciones al bien y al mal, pero la confianza de la victoria del primero, fundamento y expresión al mismo tiempo de la esperanza, no podía, a su vez, encontrar otra justificación que en Dios, el único que podía ayudar eficazmente y garantizar un resultado satisfactorio por encima de toda dificultad real y ruindad humana. Lichten escribe:

«Según transcurrían los años, a través de su servicio a los niños, Korczak se acercaba cada vez más a Dios. ¿Cuál ha sido el proceso? ¿ha llegado al sacrificio de sí mismo en favor de los niños a través de su fe en Dios o ha llegado a Dios a través de los niños? Ambas hipótesis son posibles, pero no es esto lo importante. Es sin embargo esencial el hecho de que, en su obra de escritor, Dios y los niños aparecen inseparables. Encontramos en ello una de las más bellas expresiones en la oración del educador compuesta por él:

‘...Señor, desde el corazón te elevo una oración... Da a los niños buena suerte, ayuda sus esfuerzos, bendice sus trabajos. No los conduzcas por el camino más fácil sino por el más hermoso»³³.

³³ Joseph L. LICHTEN: «Il maestro e gli orfani del ghetto. Janusz Korczak educatore e testimone», en *Il nuovo areopago* 4 (1982) 82-83.

Es evidente la asonancia de esta oración de 1920 con la oración juvenil del mismo Korczak, citada antes. Es superfluo reproducir también la conclusión:

«Y como garantía de mi petición cógete mi única joya: la tristeza. Mi aflicción y el trabajo».

Esta perspectiva de la educación, frecuentemente comparada con la medicina, articulándose paralelamente en «observación, diagnóstico y terapia», le hace apostar mucho más por la prevención, esto es, por la observación y por el diagnóstico que conducen a un conocimiento más adecuado del educando, premisa indispensable de cualquier intervención eficaz como se ha visto. En tal sentido se puede también entender quizás lo que ha sido conocido como «le plus revelateur de ses livres»³⁴ *Cuando volveré a ser pequeño*. En él imagina, mágicamente, volverse niño sin renunciar a los conocimientos antes adquiridos que lo protegerán de la recaída en múltiples y perniciosos errores.

Ahora bien, también la preferencia dada a la prevención (que podrá llevarse a cabo a través de varias y diferenciadas formas de intervención) es signo de la inquebrantable esperanza que, a pesar de todo, había colocado y mantenido en los niños, a quienes no considera en modo alguno portadores incontrolables del mal.

Con todo, el origen primero de su confianza en los niños hay que buscarlo en su amor por ellos, en su amor humano. Ese amor que es capaz de taparte los ojos y cegarte ante el amado, en situación de perdonar mil veces, que incluso sabe sintonizar después de los desacuerdos más patentes, que no pretende ni siquiera una contrapartida y que, quizás, en Korczak ni siquiera ha encontrado otro sujeto sobre el que posarse sin reservas, no obstante la fuerte y afectuosa atadura con su principal colaboradora hasta la muerte, Estefanía Wilczinska, a pesar de que «desde los siete a los catorce años» haya vivido, según dice, continuamente enamorado³⁵.

El amor, además, induce a amar aquello que agrada al amado, lo que es bueno para él; a esperar de él lo mejor posible, aun sin pretenderlo y, al menos después de algunas experiencias negativas, sin caer fácilmente en la ilusión. *Cómo amar a un niño* es una clara demostración de ello, y la vida de J. Korczak, testimonio convincente.

³⁴ Pierre MARC: «Vivre l'altérité. Sur les traces de Janusz Korczak», en *Korczak aujourd'hui...*, p. 33.

³⁵ J. KORCZAK: *Pamiętnik*, p. 344.

Bajo este perfil no sólo emerge la riqueza afectiva de Korczak y se descubre la raíz humana de su esperanza, sino que también se reencontran y revalorizan en él otros valores. El primero de todos, al menos desde el punto de vista cronológico, el amor a su tierra y a su lengua materna. En realidad, más allá de los problemas de orden confesional, que volverá a proponerse a continuación, son muy numerosos los textos en los que Korczak declara su profunda raigambre en Polonia y su cultura. Más privilegiado todavía aparece el amor a su ciudad, con la que se identifica profundamente. Un solo texto al respecto que retoma, entre otras cosas y al menos en parte literalmente, expresiones en otra ocasión puestas en labios de *Kajtuś* a su retorno a la patria y que se remonta a los últimos meses de su vida al reconsiderar, ya iluminado con otra luz, las principales vicisitudes y muchos problemas que lo habían preocupado antes:

«Un nacionalista me dijo una vez: ‘Un judío, aunque fuera un sincero patriota, sería en el mejor de los casos un buen varsoviano o cracoviense, pero nunca un polaco’. Esto me sorprendió. Yo debí admitir honestamente que ni Leopoldina ni Poznan... significaban nada para mí... Pero yo amo al Vístula de Varsovia y yo conservo una gran nostalgia por Varsovia cuando me encuentro lejos de ella. Varsovia es mía y yo soy suyo. Diré más: yo soy Varsovia. Yo estaba alegre o triste con esta ciudad, su serenidad era la mía, su lluvia y su suciedad eran mi lluvia y mi suciedad. Yo he crecido con Varsovia. Pero en los últimos tiempos hemos llegado a ser un poco extraños el uno para el otro. Han sido construídas nuevas calles, nuevos distritos. Varsovia era mi tierra, el lugar de mi trabajo: en ella me encuentro en casa, aquí están enterrados mis difuntos»³⁶.

Korczak había sido un patriota y había participado, además de en dos guerras, en movimientos inspirados en el patriotismo y precisamente por esto se encuentran repetidamente en sus escritos acentos de esperanza, que aluden directamente a Polonia. Sin embargo, no se puede decir que este mismo amor se proyecte también a sus compatriotas, cuyas virtudes y vicios conocía demasiado bien y frecuentemente denunció. En este contexto de relativa conflictividad fue madurando su conciencia de «judío», reivindicando para ellos una igualdad, generalmente no reconocida. En su ensayo *Las tres corrientes* había escrito:

³⁶ Id. id., p. 315-316. En cuanto a *Kajtuś* véase, J. KORCZAK: *Kajtuś Czarodziej*, Varsovia, Nasza Księgarnia, 1978, p. 153. El texto está tomado también de J. LICHETEN: *Il maestro...*, p. 75.

«Somos hermanos de la misma tierra. Siglos de suertes compartidas y desventuradas, un largo camino en común: nos ilumina un único sol, el mismo granizo devasta nuestros campos y la misma tierra cubre los huesos de nuestros antepasados —ha habido más lágrimas que sonrisas: la culpa no es ni vuestra ni nuestra».

En 1933 en un significativo artículo (*El niño judío. El parecer de un experto*) declaraba que «la psicosis en la búsqueda de las diferencias es el eco del ruido, absolutamente diferente de lo científico, de las cosas que dividen, provocan y producen discordia». Tal actitud completamente contraria a su espíritu acabó por debilitar en él incluso el apego por aquella que ya no osa llamar «patria»³⁷, aunque no le haga cerrar los ojos a análogos defectos de los judíos y, no obstante todo, no desmiente cuanto ha escrito antes: «Tengo confianza en que todo cambiará dentro de no mucho tiempo»³⁸. Es un hecho además que su optimismo de los últimos años va volcándose especialmente sobre Palestina y sobre el destino de los judíos, con quienes sintoniza cada vez más, a pesar de que todavía en los años treinta había aseverado:

«No pierdo la esperanza de pasar los últimos años de mi vida en Palestina para poder experimentar la nostalgia de Polonia».

Pero ya algunos años antes, en 1928, se había desequilibrado en una especie de profecía:

«Nos hemos aclimatado en la tierra de los pinos, de la nieve y de la diáspora, física y moralmente. La tentativa de reunir las dos partes del hilo roto hace dos mil años es difícil. Se hará con éxito porque lo quiere la historia, pero cuánto trabajo y dolor...»³⁹.

La alternancia dialéctica entre optimismo y pesimismo en Korczak merecería un análisis por su cuenta. Tales actitudes, de hecho, denuncian los contrastes de inspiración que constituyen su fundamento: *esperanza e injusticia*. Esta última no era ni fue nunca eliminable, si bien se pueda ignorar (y no era su caso); la primera podría desmayar cuando no gozase de fuerza especial y de sólido fundamento. Y éste es el caso de Korczak, asimismo atormentado subjetivamente por un radical sentido de soledad y de tragedia, debido especialmente al inseparable pensa-

³⁷ J. L. LICHTEN: *Il maestro...*, p. 75. Sobre su titubeo acerca de la «patria», v. J. KORCZAK: *Pamiętnik*, p. 321.

³⁸ J. L. LICHTEN: *Il maestro...*, p. 77.

³⁹ Id. id., p. 79 y 78 respectivamente.

miento de la muerte. Una carta de 1937 al amigo y exalumno Arnon parece sintetizar estos sentimientos:

«Vosotros, jóvenes, esperad. La historia se repite. Esto no puede durar por largo tiempo. Se está precipitando. El mal vence de nuevo, aunque no ha llegado aún a tocar fondo. Los hombres que me rodean no quieren verlo. Cinco o diez años más y llega el tornado o el diluvio. Pero vosotros mirad ya también la aurora del mundo nuevo y mejor»⁴⁰.

Es digna de recordarse en Korczak una enésima prueba de la esperanza y de la formación en ella. Se refiere a los últimos días de su vida, a finales de julio de 1942. Poco después, la víspera de su cumpleaños, osaba escribir:

«Es difícil nacer y aprender a vivir. A mí me queda un deber bastante fácil: morir. Después de la muerte podrá de nuevo llegar a ser difícil, pero yo no pienso en ello».

En aquellos días, pues, ya perfectamente consciente del destino más que probable que les tocaría sufrir, Korczak quiso hacer representar la pieza teatral de Tagore *El cartero del Rey*, «cuyo mensaje de esperanza», según Jean-Marie Boillat, «es el siguiente: la muerte no es terrible, no es más que un cambio en el modo de existir, el paso de una realidad a otra realidad más feliz»⁴¹.

Este convencimiento, quizás parcialmente inconsciente desde el momento que decía no pensar en el más allá, indudablemente no separado del afecto y del compromiso que lo ataba a sus huerfanitos, fue la razón determinante por la que no quiso aceptar los ofrecimientos para salvar la propia vida que parece le hicieron todavía poco antes de salir para Treblinka. Korczak, hombre fiel y persona de confianza, no podía traicionar ni a aquellos que habían contado siempre con él ni a su propia esperanza en una vida mejor y que no había sido capaz de conseguir en este mundo. Por otra parte, había escrito que «el fundamento del cuidado de los huérfanos y de toda educación es la fe en el valor y en la dignidad del hombre y de la humanidad»⁴² y no podía, ciertamente, contradecirse ahora.

⁴⁰ Véase, W. LICHARZ (Ed.): *Janusz Korczak...*, p. 104.

⁴¹ Jean-Marie BOILLAT: «Exposition 'Janusz Korczak ou comment aimer l'enfant' et 'L'enfant témoin de notre société'», en *Korczak aujourd'hui...*, p. 58-59. La cita anterior está tomada de J. KORCZAK: *Pamiętnik*, p. 366.

⁴² J. KORCZAK: *Von Kindern...*, p. 137.

No le quedaba, pues, más que escoger la muerte y se puede decir que esta elección consciente ha sido de hecho su mensaje supremo de esperanza. No sólo los otros, no sólo los niños son estimulados a mirar hacia un futuro desconocido, pero no por ello menos atrayente, sino que él mismo se asocia a ello, constituyéndose en guía de este último viaje y testimoniando así su coherencia hasta el final.

3. CONCLUSIÓN

Este rápido recorrido a lo largo de la vida y del pensamiento de un hombre extraordinario, como lo fue Henryk Goldszmit, más conocido como Janusz Korczak, nos ha permitido espigar orientaciones y actitudes, la mayoría de las veces sufridas y no solamente sentidas, que contribuyen, según creo, a revelar una ulterior dimensión de actualidad.

En estos años se ha hablado mucho y se continúa hablando de una actualización de Korczak bajo diferentes facetas, todas más o menos de corte pedagógico. Tampoco se exceptúa esta evocación a su *testimonio de esperanza*. Sin embargo no carece, quizás, de una atracción propia que deriva del hecho de que la esperanza impone una especial atención al futuro y que, más allá de toda fundamentación profunda y sólida, se enraiza y llama al primer plano, en primer lugar, al mismo sujeto. Dos evocaciones e indicaciones que aparecen hoy cuando se tiende a vivir una vida apegada al presente y al goce de lo disponible y que son particularmente significativas y contestatarias, en el estilo que ha caracterizado la vida y la obra de J. Korczak.

Por otra parte, la misma educación no tiene sentido alguno si no está abierta y proyectada a un futuro, además de centrada, más que en las cosas y en los instrumentos, en el sujeto mismo, sujeto que hoy peligra quizás ser descabalgado nuevamente por el prodigioso incremento de las modernas tecnologías.

En esta perspectiva, sin querer por otro lado exorcizar nada, el discurso podría continuar también ampliamente, pero no es el momento.

No queda, por eso, más que concluir con el deseo de que la voz de Korczak sea una invitación y suscite un poco de consenso, un mínimo de atención en esta humanidad, globalmente hablando no mejor que la de sus tiempos y resuene, sobre todo en reuniones pedagógicas, con mayor frecuencia de lo que lo ha hecho hasta ahora, de modo que no resulte, una vez más como ya tantas otras veces en el curso de la historia, una voz en el desierto.